

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

I Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

Erguida en el umbral, doña Rosa Abelenda clavaba el mirar agudo de sus ojos en la rapaza, recogida en una modesta actitud.

—¿Quién te mandó venir?

—Mandóme la señora de la Cruz del Souto.

—¿Serviste tú á la señora de la Cruz del Souto?

—Serví en casa de su hermana, en la ciudad, hay dos años, por San Martín.

—Y ¿qué sabes hacer?

La moza balanceó el hatillo que llevaba colgante en la diestra. Miró al ama serenamente:

—Sé hacer lo que manden. Pero en la tierra no puedo trabajar; me enferma. Por eso me puse á servir. La señora del Souto me dijo que aquí se necesitaba una muchacha para la labor casera nada más.

Doña Rosa aclaró:

—Pero tendrás que lavar y tendrás que cuidar de la comida del ganado.

—Bien está, sí, señora.

—Y te daré doce reales al mes y un traje por la fiesta.

—En la ciudad ganaba más.

—Pero esto no es la ciudad. Tú dirás si te conviene.

—Bien está, sí, señora.

—Entonces, entra; te voy á enseñar tu habitación.

La moza entró. En la mitad del pasillo inquirió doña Rosa, sin detenerse:

—¿Cómo te llamas?

—Federica.

—¿Federica?... Ese no es un nombre de criada.

Y se volvió para mirar recelosamente el aspecto poco rústico de la moza, en la que la sencilla blusa blanca y la negra saya y los cabellos rizados junto á las sienas delataban un leve refinamiento ciudadano. Doña Rosa observó con cierto disgusto que los zapatos de la muchacha tenían alto el tacón y que llevaba al aire la rubia cabeza, sin el habitual abrigo del pañuelo de seda atado bajo el mentón, con el que doña Rosa había visto, sin excepción alguna, á toda cuanta criada llamó á sus puertas en busca de jornal.

Federica soportó el examen moviendo un brazo en aquel vaivén que imprimía al hatillo, y que era en ella la expresión de un ligero azoramiento. Explicó, sonriente:

—En mi tierra me llamaban también *Volvoreta*.

—¿Por qué te llamaban *Volvoreta*?

—No sé.

Tampoco se mostró doña Rosa muy satisfecha del poético apodo: *Mariposa*... ¡Hum!... Más bien creía ella descubrir en el remoquete condiciones de travesura y de holganza, de vano ir y venir, de ligereza, que mal se acomodarían al cumplimiento de los deberes de trabajo. Siguió andando, y gruñó:

—Más valía que te llamasen Pepa ó Manuela, como se suelen llamar las muchachas humildes. Las mejores criadas que yo tuve se llamaban así.

Subieron unos crujientes escalones. En el último piso, en un cuarto formado por tabiques de madera, sin cal y sin papel, y cuyo techo en declive se juntaba al suelo en una tenebrosa angostura, estaba el cuarto de la sirvienta: el catre de lona, y sobre él el jergón de secas hojas de maíz, que mostraba su contenido en las dos aberturas por las que habían de entrar á diario las manos que hubiesen de mullirlo. Una estampa de Santiago el Mayor,

tieso en su cabalgadura, que atropellaba á unos pobres moros despavoridos, era todo el adorno de la pared. El viento marino pasaba, estremeciendo una alta ventana casi horizontal, por cuyas uniones hacía entrar, en los días de lluvia, algunas gotas de agua. Y aquella ventana inundaba la estancia de una luz á la que hacía dorada el dorado tono de las desnudas tablas de castaño de la pared.

La casa estaba en medio de la gándara verde y riente. Había sido construída con pretensiones de *chalet*, con arreglo á un gusto poco común, sin la pesada abundancia de granito que las lluvias frecuentes aconsejan en el país galiciano, con balcones de madera pintada bajo tejados puntiagudos y de salientes aleros. Parecía una casa arrancada de un cromó holandés. Seguramente había sido construída para recreo de veraneantes, y, en algún tiempo, todos los terrenos que la rodeaban habían sido jardín. Aun ahora, frente á la entrada principal, se conservaban unos macizos con camelios y rosales pobres; la hierba que antes bordaba cenefas en sus orillas, había aprovechado la ausencia de jardineros para invadir la tierra, y sólo sucumbía en el centro de los caminos, donde las pisadas frecuentes la extirpaban. Las tenaces matas de alhelies se habían salvado de aquella catástrofe y sobresalían,

multiplicadas, entre la hierba, con su tono más apagado. Y en primavera, todo su aroma delicioso invadía la vieja casa y el viejo jardín y pasaba á la carretera—entoldada de olmos gigantes—, sobre la verja de barrotes aguzados, rota en tantos sitios y que mal zurcía la hiedra. Un mirto, en algún tiempo recortado en forma de cono, crecía ahora libremente; el antiguo estanque se había ido llenando poco á poco de tierra, y sólo su borde de cemento, cubierto de musgo, sobresalía del nivel del jardín. El angelote mofletudo que soplabá el surtidor á lo alto por un caracol, yacía, roto, con una pierna encogida, como si le doliese aún el quebranto de la otra. Después, al lado opuesto del edificio, extendíanse los campos de labranza, repentinamente cortados por un bosque. Más allá estaba el mar tranquilo de la ría, y los árboles bajaban de la gándara casi hasta la misma orilla y se detenían allí, como gigantes que vacilasen ante un vado.

En su interior la casa perdía aquel exotismo de sus fachadas; pero guardaba en sus muebles y en sus paredes una estrecha relación de ancianidad con lo externo. En las alcobas las camas de hierro habían perdido en parte su barniz; no todas las sillas poseían íntegros sus travesaños; las oscuras maderas de los pisos estaban, en el centro de los corredores y en

torno á los muebles de colocación inmutable, desgastadas hasta quedar sus nudos en relieve, y el retrato del señor Abelenda—jefe de la familia, cuyos huesos estaban ya, seguramente, mondos en el camposanto de la ciudad—dificilmente podía conservar el grave prestigio que le daban su condición de jefe y de difunto y la severa toga y el austero birrete de abogado con que el lápiz del dibujante se había complacido en representarle dentro del marco, cuyos dorados se descascarillaban lamentablemente. Rafaela, la vieja fámula que había sido acicalada doncella al servicio de la señora en la casa de la ciudad en los primeros años del matrimonio, la mocita traída por doña Rosa de su solar como azafata, y por ella pulida y educada hasta en los más pequeños ademanes que convienen á una doncella de casa señorial, solía detenerse frecuentemente ante este retrato, con las manos bajo el mandil azul, reposando sobre el vientre, para considerar con una honda tristeza:

—¡Ay, si el difuntiño viese estas cosas!...

Lo primero que “el difuntiño” desconocería, probablemente, sería á la propia Rafaela. En la ruina de las casas los criados son siempre los que, aun á su pesar, revelan claramente, milímetro á milímetro, la velocidad de la caída. Los señores saben, con frecuencia, guar-

dar un gesto de disimulo y un traje cuidadosamente repasado y teñido; los criados, con menos vanidad que defender, se entregan antes á los arañazos de la suerte, así como un vendaval arranca primero todas las hojas secas de un árbol, y aun sus débiles ramas, antes de romperlo. Cuando el señor Abelenda murió y se perdió el pleito contra sus hermanos y se fué á pique su pesquero *Rosita* en los bajos de la Lobeira—cuatro años seguidos de malaventuras—, la viuda se refugió en aquella casa de la Gándara, que era toda su riqueza, y después de unos meses de desorientación y de anonadamiento, se dedicó, con aquella gran decisión de espíritu, con aquella fuerte voluntad que constituía el fondo de su carácter, á explotar por sí misma las escasas tierras anejas á la finca, y que, dadas en arrendamiento, producían apenas para tapar las goteras del *chalet*. Licenció á sus terratenientes, y era ella la que discutía el precio del pino cortado y el del ferrado de trigo, y la que alguna noche aparecía en el umbral de la amplia cocina, ordenando:

—Que se acueste Chinto en seguida, que mañana hay que ir temprano con los terneros á la feria del Quince.

Siguiendo la evolución, Rafaela, la doncellita meticulosa, que había ido envejeciendo

junto al ama, abandonó poco á poco el negro vestido y el menudo delantal de encajes, y fueron entrando en sus baúles y acumulándose en los clavos de la pared de su alcoba los rojos refajos, los pañuelos de lana y las chambras de franela; engordó lentamente, se tostó su faz y fué cubriéndose de arrugas, desdeñó las tenacillas para peinar sus cabellos, muy estirados hacia atrás, y ató el cabo finísimo de su trenza con cintas de algodón; finalmente, olvidó el castellano. De la cámara de la señora pasó á la cocina; ella hacía el condumio de los jornaleros y empuñaba alguna vez la azada ó volvía del campo oculta bajo un enorme y verde haz de hierba, y, despertado atávicamente el cariño á los animales provechosos, común á los labriegos de que descendía, jamás nombraba á la vaca, ni al cerdo, ni á las gallinas, sin aplicarles uno de los diminutivos cariñosos en que es tan pródiga la lengua gallega:

—¿Diste de comer á la vaquiña, hom?

Ó bien:

—Mañana hay que matar al cerdiño pequeño.

Y era un poco cómico ver cómo ella misma ayudaba á sujetar al puerco sobre el banco de la matanza y le dirigía tiernas expresiones mientras el animal lanzaba sus berridos agónicos.

Al servir la cena, Federica curioseó con disimulo el grupo familiar. Isabel, la primogénita, delgada y alta, con el rostro alargado, lo mismo que su madre, y la misma contracción de voluntad en su boca; pálida, á pesar de la vida campestre; perdidas las redondeces de las formas en el frío de sus treinta años de soltera, cumplidos ya. Sergio—al otro lado de doña Rosa, en la mesa de albo mantel—, menudo, enmarañado el pelo, naciente apenas el bozo sobre su boca, un poco sensual. Cuando los dos hermanos la miraron, Federica bajó los ojos, recogió la fuente vacía y se marchó.

—¿Es la nueva criada?—inquirió Isabel.

—Es. ¿Qué te parece?

Isabel contestó á su madre con un mohín:

—Bien. Los primeros días todas parecen bien.

Y se sirvió agua, tocando antes con el índice y el pulgar en cruz el borde de la jarra y de la copa, rápidamente. Era uno de los que pudiéramos llamar en ella *tics* de misticismo. Sin ser de exaltada devoción, más bien fría cumplidora de sus deberes religiosos, estaba poseída y esclavizada por cien preocupaciones de una extravagancia inverosímil. Antes de coger un objeto había de tocarle con sus dedos en cruz; suponía que su mano y su pie izquierdos tenían funesta influencia en sus con-

tactos con las cosas; había dentro de ella una voz misteriosa que le hacía las más absurdas amenazas. Le decía, por ejemplo, esa voz, yendo ella por los campos:

—Debes cambiar de vereda é ir hasta aquel pino alto que hay cerca del trigal.

Y aunque llevase prisa y el camino que le designaba la voz le obligase á un rodeo, iba y tocaba el árbol con sus dedos en cruz, y seguía después, satisfecha. Otras veces se le ocurría pensar, al sonar una hora en el reloj de la casa:

—Debo rezar una salve para que en esta hora no muera mamá.

Y rezaba, y á la hora siguiente volvía á ocurrírsele el mismo temor, y aquella salve la rezaba ya siempre que el timbre del reloj abría una nueva hora. Era, en verdad, una esclavitud que se le hacía muchas veces acongojante. En ocasiones había intentado resistirse á esa tiranía; pero quedaba tan sobresaltada y medrosa, tan desasosegada por la certeza de que había de ocurrirle algún mal, que prefería obedecer el impulso histérico.

Terminada la cena de los amos, Federica ocupó su puesto en la gran mesa de blanco pino, cerca del hogar, en la amplísima cocina de la casa. Rafaela le señaló un lugar, bajo la lámpara de petróleo colgada en la pared. Ra-

faela era el ama en aquel recinto. Colorada por el fuego, iba y venía distribuyendo el caldo sabroso y el pan dorado de maíz. Sólo Chinto no comía en la mesa. Falto de costumbre, apenas rebosaban en su cuenco las verdes coles tronzadas en menudos pedazos y humeaba entre ellas el caldo en que las costillas de cerdo habían dejado pequeños discos de grasa, Chinto, el mozo de labor, alargaba para cogerlo sus anchas manos recias, deformadas por el rudo trabajo, negras por la tierra, con cicatrices de cortes de hoz, grandes, de dura piel callosa; y apartaba su taburete de la mesa y se encorbaba sobre la taza, izando el contenido hasta la boca con su fuerte cuchara de boj. Cuchara de boj: Chinto no concebía que se pudiese comer el caldo con una cuchara de metal. Ningún sibarita puso jamás en el saboreo de manjar alguno la delectación con que el labriego engullía el clásico alimento, hasta limpiar con sus labios endurecidos la harina de la deshecha patata, que se adhería al boj; en los días señalados, cuando bajaba el vino á la cocina, Chinto vertía una parte de su ración en el cuenco de barro esmaltado para limpiarlo con él, y lo bebía tras de agitar la taza lentamente.

—¡Por eso!—alababa—...no hay casa de rico en la Gándara donde se tome el caldo

como en la casa de Abelenda. ¡Así Dios me salve!

Federica comió calladamente, oyendo la charla de los jornaleros, que despertaba en ella el recuerdo de las charlas en torno al hogar, en su casita de Dumbría, entre los pinares abundantes que llenaban montes y montes. Desde la pared la lámpara daba luminosidad de halo á sus rubios cabellos. Después, poco á poco, dejó de escuchar porque su alma marchó tras el recuerdo. Doña Rosa apareció brusca-mente en lo sumo de la breve escalera que daba acceso á la cocina. Se destacaba sobre el negro vano.

—Chinto, puedes cerrar. Buenas noches á todos.

—Buenas noches nos dé Dios—contestó el coro de voces.

Y los zuecos claveteados de Chinto resonaron, arrastrándose por el cemento. Los jornaleros marcháronse tras él. Rafaela fregoteaba, envuelta en un mandil de arpillera. Menguaba la llama en el quinqué. La vieja servidora advirtió á Federica:

—Puedes irte á acostar.

Y la moza se puso en pie:

—¿Quiere que le ayude?

—No; vete á acostar.

Se oyó en toda la casa el chirrido del pasa-

dor de hierro que Chinto corría en la recia puerta. Federica deseó, humildemente:

—¡Descansar!..

Aún le avisó Rafaela, sacando del barreño un brazo humeante:

—Si tienes miedo por la noche, llamas á la pared. Yo duermo al lado.

La moza sonrió:

—Nunca tengo miedo.

Y subió á su alcoba y se acostó. Vió lucir una estrella sobre su cabeza al través del amplio tragaluz; después vió cómo una nube la tapaba; luego sintió el rumor de los árboles, y oyó correr, empujada por el viento, una arenita por el cinc del tejado. En el crujiente jergón de hojas su cuerpo hizo pronto un hueco profundo. Y todas esas pequeñas cosas: la estrellita lejana, y la arena, y el remoto rumor, y la sensación de estar hundida blandamente, la llenaron de dulce pereza y estiró su cuerpo entre el alboroto de las hojas, y sonrió, pensando:

—En invierno se debe dormir muy bien aquí.

II

En las tardes serenas, Sergio bajaba á estudiar al viejo jardín. Más que á estudiar, á dejar correr su alma, libre de fiscalizaciones que leyesen la distracción en sus ojos fijos en las páginas. Doña Rosa se había obstinado en que Sergio fuese bachiller. Se abrió luego un paréntesis duradero de vacilaciones y de dudas respecto á su porvenir. Doña Rosa hubiera querido hacerle abogado para que la toga y el birrete tuviesen en la familia otra representación más eficaz que en el retrato del difunto; pero ni aun con grandes esfuerzos podría sostenerse el largo derroche de una estancia en Santiago. Un día, al fin, don Miguel, el cura de Santa María de la Gándara, al volver de un viaje á la ciudad se detuvo en la quinta para ofrecer á doña Rosa la solución del porvenir del pequeño Abelenda. Desplegó un ejemplar

de la *Gaceta* y leyó una convocatoria para cubrir buen número de plazas del Cuerpo de Correos.

—Un porvenir, doña Rosa, un porvenir. Esto es cosa que está naciendo aún y puede hacerse carrera. Y nada de gastos ¿sabe?; se le compran los libros y que estudie en casita, ¡caramba!, que algo ha de hacer.

Doña Rosa torció un poco el gesto. Y aquello, ¿qué era?... Verdaderamente, don Miguel no debía olvidar que los Abelendas eran gente de distinción, que habían tenido siempre profesiones brillantes. Mal estaban los tiempos; pero también... convertir en cartero á un Abelenda... Quizás valiese más esperar, con la ayuda de Dios...

Más don Miguel protestó, indignado. ¿Cómo, cartero?... Entonces su señora doña Rosa, no tenía ni la más remota idea de lo que se trataba. Eran plazas de oficial, de o-fi-cial de Correos. Los hijos del coronel Varela se estaban preparando ya, y un sobrino del fiscal de la Audiencia con ellos. Mucho señorío.

—No; no es cosa trivial.

Argumentó aún, como para derrotar todo escrúpulo:

—Además tienen uniforme con espadín. Y digo yo que un hombre que lleva un espadín lleva un diploma. ¿No es esto?

Doña Rosa meditó:

—¿Llevan espadín?

—Llevan espadín, doña Rosa. Me consta.

La madre se dejó vencer. Como pariente del coronel, el cura comprometióse á suministrar más amplios detalles y á traer de la ciudad los libros precisos; más aún: él ayudaría á Sergio en los estudios conforme su humilde ciencia se lo permitiese. Un par de veces por semana que fuese á la rectoral. Ya era tiempo de decidirse: diez y ocho años hechos por San Juan y sin camino abierto... Los vicios podrían posarse en él, á pesar del edificante ambiente de la casa. ¡Á estudiar, señor!... Y así quedó decidido el porvenir de un Abelenda.

Pero Sergio acogió de mala gana las áridas materias de la preparación. Especialmente entre los millares y millares de nombres de la Geografía postal, su memoria naufragaba. Bajo la vigilancia de su madre ó de Isabel, sentado cerca de ellas en la galería, le irritaba, en medio de una distracción, la voz que le recriminaba con acento eternamente igual:

—Estudia, Sergio.

Y optó por hacer del jardín su lugar de estudio, al amparo de sutiles pretextos. Una hora después de comer bajaba con sus libros y se tumbaba sobre la hierba, bajo la sombra de los manzanos y de los perales mandados

plantar por doña Rosa en un triunfo del utilitarismo sobre la estética. Y tumbado cara al cielo, se dejaba mecer en el poderoso runrún de vida del campo: el insecto zumbador, la inquietud de las hojas, el agua de los surcos... todo, en fin, lo que entraba en aquella vibración perenne, en aquel hervor de existencias á ras de la tierra, sobre la tierra y bajo la tierra; la mies que ondea, los pájaros piadores, el topo que socava, y el viento y el mar y los regatos y las nubes lentas, de formas cambiantes, que al pasar ante el sol hacían correr unas largas manchas de sombra por el suelo.

A veces, por entre los podridos barrotes que separaban ambos jardines venía Juan, el hijo de la vecina señora de Solís, á solicitar de Sergio una fruta. La casa de los Solís estaba contigua. La envolvía siempre una preocupación de tristeza. Ni en las ferias, ni en las romerías, ni en las reuniones en que se juntaban de cuando en cuando los señores de la Gándara, se vió jamás á los vecinos de los Abelendas. Tan sólo alguna vez, en las mañanas veraniegas, doña María, envuelta en sus negros vestidos, flaca y adolorida, paseaba por la carretera el cochecito en que su hijo menor estaba, hacía tres meses ya, entablillado, tieso, siempre mudo, lívido, como un cadáver que sólo conservase vivos sus ojos, ojos gran-

des que parecían tener la grave mirada de un hombre maduro, en aquel cuerpecito enclenque de siete años.

Doña María de Solís había tenido cinco hijos. Al cumplir los diez y seis años, murió el mayor; cerca de ellos también murió la segundogénita. Doña María, arrebatada de horror y de duelo, se propuso defender á los aún vivos contra aquel horrible destino. Y se enterró en el campo para siempre, dispuesta á la lucha diaria y heroica con la muerte, pero invadida de tristes presentimientos. Todos cuantos medios de prevención pudo conocer los puso en práctica. Se dormía en la casa con las ventanas abiertas, entre el susto de las criadas aldeanas; se ajustaban las comidas á métodos dispuestos por el doctor; una fámula fué despedida por haber dejado beber á los niños un sorbo de leche sin hervir; ante el temor de que pudiesen, á hurtadillas, comer fruta verde en el huerto, los árboles fueron talados. En el centro del jardín, doña María hizo construir una choza de tablas bien unidas, techada de cristal. Allí, tendidos sobre un colchón, todos los días sus hijos tomaban, bajo su dirección meticulosa, un largo baño de sol. El sol era la máxima esperanza de la madre infeliz; ella había oído asegurar á alguien la salvación de un hemoptísico por ese medio. El doctor con-

sultado no negó la posibilidad. Doña María entonces sintió encenderse la llamita de la fe en su pecho. Si podía curar, ¿cómo no había de prevenir?... Y el sol iba tostando, á la hora de sus mayores energías, los cuerpos delgados y angulosos, de fina piel, de Maruja y de Juan—al pequeñín no podía sacársele de su tabla—, cuyos quince y cuyos diez años iba viendo doña María, con una mezcla de temor y de confianza, aproximarse al plazo fatal.

Esta tarde, como casi todas, Juan asomó el estrecho cráneo entre los barrotes y siseó, para advertir á Sergio de su presencia.

—¿Me das una manzana?

Pedía con una vocecita triste, con acento aldeano, alargando las vocales. Estaba envuelto en un mandilón de luto que hacía mayor su palidez de raquítico. A Sergio le inspiraba una piedad mezclada con repulsión, una repulsión orgánica: la del fuerte para el débil. Cuando, alguna vez, tocaba las manos del niño, siempre frías, frotaba luego las suyas, sin darse cuenta, contra las ropas.

—¿Me das una manzana?

—No hay manzanas hoy.

Retiró un poco la cabeza el pequeño, y se elevaron más los arcos de sus cejas inclinadas hacia fuera, en una constante expresión penosa. La mirada de sus grandes ojos vagó por los

árboles. Volvió á hablar, lento, con su tono de mendigo.

—Si las hay. Yo las veo.

El joven le entregó la fruta apetecida, de malhumor. Luego fingió abstraerse en el estudio. Pasó un rato aún. Federica apareció de pronto en el extremo de la calle de arbustos, con un cestón vacío en sus manos. Sergio miró rápidamente para la verja donde, entre yedra, la pálida cara de Juan permanecía aún, contemplándole.

—¿Todavía estás ahí?—gruñó él, incorporándose.

Se sentían cercanos, al otro lado de la valla, los pasos de la criada de los Solís, que volvía arrastrando el cochecito del enfermo. Juan ocultó apresuradamente la manzana bajo su ropa y huyó, temeroso. Entonces Sergio volvió á inclinar su cuerpo, medio soliviado, para contemplar á Federica, que había arrojado al suelo el cestón y comenzaba á llenarlo con los frutos de que despojaba á las ramas. Y cuando el joven se vió sorprendido en su mirada por la de la moza, preguntó, como si quisiera justificar su curiosidad:

—¿Para quién son?

—No sé, señorito; me mandó doña Rosa.

Y él volvió los ojos al libro. Pero sentía palpar su corazón en el cobarde deseo de

hablar algo más. Poco á poco, en los quince días que la joven llevaba en la casa había ido sintiendo crecer su interés por ella. La tez levemente rosada, los grandes ojos cándidos, de verde tono; el pelo del color de la miel, de un rubio apagado; el joven cuerpo arrogante, lleno sin abundancia, de turgencias firmes, habían ido grabándose, detalle por detalle, en el recuerdo de él. Noches atrás, en el oscuro corredor que conducía á la cocina, se habían tropezado sin verse. La mano del varón, en la instintiva defensa, se apoyó fuertemente en el pecho de Federica. Ella rió, tras un "¡Jesús!" de susto. Él quiso reir también; pero su mano conservaba la sensación del dulce contacto, y al evocarla aún quemaba más la sangre en sus venas.

El deseo de hablar, de decir á la joven cualquiera palabra, por banal que fuese, se acrecentaba en aquella soledad del rincón huertano y se hacía en Sergio casi doloroso. Miraba ir y venir la gentileza de aquella figura—quizás demasiado plena ya, demasiado hecha para sus diez y seis años—, y la frase que parecía ir á brotar no se formulaba en su cerebro.

Federica, al fin, llena la cesta, volvióse hacia él:

—¿Quiere ayudarme, señorito?

Y él acudió, y alzarón la carga hasta la cabeza de la servidora.

—¿Va bien?

—Va bien; muchas gracias.

Se alejó hacia la casa. Volvió Sergio á tenderse y á mirar al cielo y á soñar, ahora con un fuerte latido en sus arterias. En el ensueño se refugiaba su timidez de muchacho alejado por la vida aldeana del trato con el sexo femenino. Sus vagos anhelos, los requerimientos de su sana juventud, no habían tenido nunca más que una sola concreción sentimental, grotesca—él se lo confesaba: grotesca—. Á los diez años Sergio se había enamorado profundamente de Celsa Ruiz, ya casada entonces con Poupariña, José Poupariña, el dueño de la casa del Pinar. Celsa Ruiz era gran amiga de Isabel y solía pasar las tardes en la quinta de los Abelendas. Desde su rincón Sergio la miraba arrobado. ¿Sabéis lo que son esas prematuras pasiones de los niños, tan frecuentes, tan tiernas, conservadas en un extraño secreto, llenas de detalles conmovedores, que después la gravedad de los años va haciendo olvidar?... Sergio guardó una horquilla caída de la amada cabeza y el hueso de una claudia que ella comió, y vagaba por el Pinar para extasiarse ante la blanca casa de Poupariña, y un día en que Celsa le besó

como se besa á un niño, Sergio corrió á su alcoba, enloquecido, y se arrojó sobre la blanca cama y rompió á llorar.

Nunca otro nombre tuvo para él la dulce música de aquel nombre. Su exaltación cristalizó en unos versos absurdos en los que mezcló todos cuantos tópicos habían ido dejando en su memoria las lecturas escolares. Les tituló *A C****, con tres estrellitas junto á la *C*, como escapándose por su boca abierta, como él había visto en dedicatorias análogas. Luego pensó que el nombre de Celsa tenía cinco letras y le pareció imprescindible añadir una estrellita más. *Tus ojos*—decía el primer verso—
Tus ojos causan enojos...

Dos años duró esta pasión. Celsa dejó de pronto de hacer tan frecuentes visitas á Isabel. Advertía Sergio, alarmado, un evidente desmejoramiento en la amada. Celsa estaba pálida. Celsa tenía unos cercos oscuros en los ojos. El mal fué creciendo. Se hundieron las suaves mejillas, se ensanchó la cintura, se deformó el cuerpo adorado en una lamentable hinchazón. Celsa caminaba lentamente, gemía alguna vez, y, cuando engullía en el amplio mirador, á la hora de la merienda, el sabroso dulce de cerezas de doña Rosa, se lamentaba:
—Acaso mañana no pueda venir á probarlo. Sírvame un poco más, doña Rosa. ¡Qué ma-

nos de mujer! ¡Cómo sabe darle el punto al almíbar!

Y un día, en efecto, no fué; ni al siguiente, ni en la semana, ni en el mes. Sergio supo que no salía de la casa del Pinar. ¡Oh si ella muriese!... El rapazuelo se entenebreció, obsesionado por la fúnebre idea; comía poco; vagaba, siempre que podía escapar, por los alrededores de la blanca casita, jaula de la doliente. Cierta noche, después de un día angustioso en que la lluvia había impedido su habitual correría, oyó pronunciar entre la servidumbre sentada en torno á la amplia mesa de la cocina, el nombre del señor del Pinar. Chinto había estado allí aquella tarde, á llevar un regalo de la señora: un bote del dulce tan grato á la enferma. Entonces Sergio inquirió:

—¿Y sabes cómo está doña Celsa?

—Va marchando—contestó el labriego.

El niño insistió, tras una pausa, fijos sus ojos en el ascua del hogar, con la emoción de quien teme perder para siempre algo muy caro:

—¿Quedaré siempre así, tan hinchada?

Estallaron risas unánimes. Chinto, socarrón, uniendo sus manazas en torno al cuenco de barro, replicó:

—No quedará, hom, si Dios quiere.

Sergio indagó, cándidamente intrigado por las risas:

—Entonces, ¿qué tiene?

—¡Ay—zumbó Chinto—, lo que tiene que te lo explique el Sr. Poupariña, á ver qué demontres le hizo, que él lo sabe bien!

Tornaron á sonar las carcajadas chillonas. Rafaela, riente también, censuró:

—¡Vaya, Chinto!...

Sergio, azorado ante la hilaridad inexplicable, enmudeció y se fué; pero á solas interrogó al criado:

—Dime ahora qué tiene doña Celsa.

—Y ¿qué va á tener, rapaz?... Está embarazada.

É hizo un breve y brutal comento, riéndose apagadamente, con la negruzca punta del cigarrillo colgando, pegada á un solo labio.

Aquello fué un golpe de hacha en la pasión infantil. Vibró de indignación y de asco su tierno espíritu. Durante varios días se obsesionaron en su oído las palabras del gañán, y le martirizaban más agudamente aún que un sufrimiento físico. Nada fué entonces tan innoBLE para él como Celsa. Su imaginación se la representaba de continuo entregada á actos repugnantes, que él no podía precisar concretamente, en unión del protervo Poupariña. Y odió á Poupariña, á sus ojos saltones, que se le antojaron desenchajados por curiosidades abyectas, á su barbita de chivo, á sus manos pe-

ludas... ¿Cómo podría Celsa soportar las caricias de aquellas manos de ogro?... Celsa murió dolorosamente en el corazón del rapaz; quedó bajo la losa de un recuerdo de humillación y asqueamiento. La revelación brusca de la triste y miserable verdad de la vida casi enfermó al niño. Una noche, heroicamente, rompió sus versos y tiró por la ventana, al oscuro jardín, el hueso de claudia amorosamente guardado. Lo tiró con tanta rabia y con tanto desprecio como si hubiese estado en la boca de Poupariña, bajo el bigote en el que un día, comiendo en el Pinar, vió quedar colgantes unos pequeños trozos de fideo.

Desde aquella ocasión desventurada, Sergio no volvió á sentir al amor llamar francamente á las puertas de su corazón ya juvenil. Pero el ansia palpitaba en su interior y él sentía muchas veces sus estremecimientos, como las madres sienten los de los hijos ocultos aún en sus entrañas. Y ahora era Federica la que la agigantaba, de una manera bien distinta, ciertamente, á aquella de los años de la niñez, sin tópicos en verso, sin el ensueño candoroso, sin huesos de claudia guardados á hurtadillas con una mareante emoción en el alma trémula. Ahora, Sergio, más que manías de fetichismos amorosos, tenía la de recorrer frecuentemente el oscuro pasillo que unía el

comedor con la cocina, y cuando, por casualidad, la nueva criada transcurría al mismo tiempo por él, irremediablemente tropezaban.

Aquella tarde, caídas ya las primeras sombras azules sobre la aldea, Sergio halló á Federica en el umbral. Con esa brusca valentía que á veces tienen los tímidos, él, alentado por el ambiente y la soledad confidencial de los anocheceres, le asió una mano por la espalda, como en juego, y al volverse la moza, aun sin intentarlo, el brazo de Sergio rodeó el talle femenino, libre de corsé, en el que la carne palpitaba. Los grandes ojos verdes lo miraron con su cándida serenidad. Sonreía él, azorado. Dijo Federica, en voz baja, con un misterio de cómplice:

—Suelta, que van á vernos.

Y marchó hacia el campo. Sergio entró en su casa, tembloroso de dicha.

41

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

III

Al día siguiente, doña Rosa y su hija disponíanse á salir para visitar á los Poupariña. Celsa ya no aparecía por la Gándara sino de tarde en tarde; la prole había aumentado en aquellos nueve años, y los quehaceres de la casa con ella; Celsa, además, estaba siempre entregada á las molestias de la concepción. Su prolijidad era tal que no se la concebía sin el vientre hinchado y la tez pálida, hundidas las mejillas, lento el andar. Doña Rosa é Isabel, cuando algún ocio se lo consentía, si las corredoiras estaban sin barro, iban á charlar un rato con la vieja amiga, y estas visitas, cada vez más rareadas, se revestían de caracteres de acontecimiento, en la soledad en que unas y otra veían transcurrir su vida.

Sergio esperaba con impaciencia el momento en que la marcha de las mujeres le dejase

33377